



Carlos López Hernández

## Homilía en la Natividad del Señor: Año 2018

### Misa de Medianoche

El emperador Augusto, al ordenar el censo de sus súbditos, contribuye sin saberlo a la realización de las antiguas profecías sobre el nacimiento del Mesías-Rey en Belén, y al cumplimiento de lo anunciado por el ángel Gabriel a María.

María da a luz a su hijo, lo envuelve en pañales y lo acuesta en el pesebre del establo donde han tenido que pasar la noche. Dios elige el nacimiento de su Hijo en la extrema pobreza para manifestar en ella su gloria, cantada por los ángeles. Su gloria es el nacimiento de su Hijo como Salvador para todo el pueblo, comenzando por los más pobres: los pastores. Ellos, considerados entre los últimos de la sociedad religiosa de Israel, reciben los primeros el mensaje de alegría del ángel, envuelto en la claridad de la luz de Dios: Os ha nacido el Salvador, el Cristo, el Señor. Dios ha querido salvarnos con la pobreza que manifiesta la riqueza de su amor; con la pobreza que le acerca y le identifica con la nuestra.

En todas las épocas han abundado los que han reclamado el poder como medio para salvar al pueblo e implantar la justicia. Y la experiencia de la historia ha demostrado que no salvan los poderosos del mundo; y Jesús nos lo dirá: “Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y los grandes los oprimen” (Mt 20,25). Por ello, nosotros reconocemos como Salvador solo a Dios, manifestado en su Hijo Jesús, como un Dios Pobre, perseguido y no reconocido más que por unos pobres pastores. Sólo hay un Salvador: el Dios-Niño, envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Él es el Mesías largamente esperado, el Ungido del Señor, el Rey dado por Dios a Israel, cuyo Reino no es de este mundo. Él tiene el poder liberador de la verdad y del amor de Dios. Y en su nacimiento se alaba la gloria de Dios y se proclama la paz para los hombres llamados a vivir en el amor y la justicia de Dios.

Este mensaje de los ángeles es el cumplimiento de la profecía de Isaías: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande” (Is 9,1). Y en esta noche, en medio de la oscuridad del mundo, se renueva el acontecimiento que siempre nos asombra y sorprende: el pueblo en camino ve una gran luz: Jesús, el Verbo de Dios hecho carne. “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió” (Jn 1, 4-5). “Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios” (Jn 1,12), capaces de ver, comprender y vivir todas las circunstancias de la vida con la luz de la fe en él.

Nuestra identidad como creyentes es la de peregrinos hacia la tierra prometida que esperamos: “la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo”. Y el mismo Jesucristo, “la luz verdadera que alumbra a todo hombre” (Jn 1,9), ilumina nuestro camino, en el que se alternan momentos de luz y de tiniebla, de fidelidad y de infidelidad, de obediencia y de rebelión, momentos de pueblo peregrino hacia su meta y momentos de pueblo errante, que no sabe a donde va.



Carlos López Hernández

Si amamos a Dios y a los hermanos, caminamos en la luz; pero si nuestro corazón se cierra, si prevalecen el orgullo, la mentira, la búsqueda del propio interés, entonces las tinieblas nos rodean por dentro y por fuera. “Quien aborrece a su hermano camina en las tinieblas, no sabe adónde va” (1 Jn 2,11). Entonces dejamos de ser un pueblo peregrino y nos convertimos en un pueblo desorientado, sin rumbo.

En esta noche resuena también el anuncio gozoso del Apóstol: “Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres” ( Tt 2,11).

La gracia que ha aparecido en el mundo es Jesús, nacido de María Virgen, Dios y hombre verdadero, Hijo del Padre, “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14). Jesús es el Amor hecho carne, que ha venido a habitar entre nosotros (cfr. Jn 1, 14) y a ofrecernos el “poder de ser hijos de Dios”(Jn 1, 12). Esta es la gracia de la salvación, que nos ofrece el amor, la misericordia y la ternura del Padre.

En esta noche de luz, de gracia y salvación, nos quedamos en vela con los pastores ante el Niño. Y damos gracias a Dios por su fidelidad y por el amor con que nos envía a su Hijo Jesús, para salvarnos de nuestros pecados.

Y en esta Noche nos quedamos también en silencio con María y José; llenos de admiración conservamos este Misterio y lo meditamos en nuestro corazón (cfr. Lc 2, 19). Alabamos al Señor, Dios Altísimo, que se ha despojado de su rango por nosotros. El que es inmenso, se ha hecho pequeño; el más rico, se ha hecho el más pobre; el omnipotente, se ha hecho débil. Dios se ha hecho carne humana para darnos su vida divina.

Hoy acogemos como dicho a nosotros lo anunciado a los pastores: "No temáis, os traigo... una gran alegría" (Lc 2,10). Es la alegría del Evangelio del amor de Dios. Dios nos ama, nos ama tanto que nos ha dado a su Hijo como nuestro hermano y Salvador, como luz para nuestras tinieblas y fuente de gracia y de verdad.

Y como los pastores nos sentimos llamados a anunciar lo que hemos visto y oído de aquel niño, lo que hemos celebrado. Lo anunciamos confesando la fe en Jesús ante quienes no le conocen, le ignoran conscientemente o, incluso, le combaten a él y persiguen a sus discípulos. Y somos sus testigos con las obras de amor, de servicio y de entrega de nuestros bienes a los más necesitados.

La ternura de Dios, que llena nuestro corazón en la fiesta del nacimiento de su Hijo, nos hace sentir como propias las alegrías y los sufrimientos de todos los hombres de nuestro tiempo, sus esperanzas y desencantos. Por ello, damos gracias por la fe y el testimonio de fortaleza de tantos miles de cristianos perseguidos; y por cuántos trabajan por la paz y sufren por la justicia. Y acogemos en nuestra oración las penalidades de las víctimas de la pobreza extrema y del hambre, de la violación de los derechos humanos, de la guerra, del terrorismo, de los masivos exilios y desplazamientos forzados que, como María y José, no encuentran lugar en ninguna posada.

Y para todos los que, en cualquier lugar o situación, viven en tinieblas y en sombras de muerte imploramos la gracia de la fe en Jesús, el Hijo de Dios, que hoy trae de nuevo la salvación a todos los hombres.